

te comenzó la Misa, á la cual asistimos muchos presos apiñados cerca de la puerta de nuestra prisión, desde donde mirábanos perfectamente al celebrante. Durante la Misa el Señor Juárez, sus Ministros y muchos de los presos permanecieron en el pequeño cuarto del ángulo oriente-norte. El expresado día 14 era domingo.

Pocos me parecieron los asistentes á aquella Misa comparados con los soldados de nuestra guardia, los de las secciones de reserva que estaban en los corredores poniente y sur de la parte baja del Palacio, arma en mano para el combate y con los otros soldados que preocupados con las atenciones de la guerra recorrían con presteza los ambulatorios de arriba y miraban con la estoica frialdad del incrédulo ó del ateo aquel Sacrificio Sublime á que nosotros, tenidos entonces por demagogos y perseguidos hasta como enemigos de la religión que lo practica, asistíamos postrados de rodillas y venerábamos como cosa muy santa.

El Sacerdote pronunciando con voz fuerte y palabras claras las oraciones de la Misa excitaba á devoción: sus animadas expresiones parecían alternarse con los truenos de cañón y de la fusilería que se oían y aun con el zumbido de las balas que en distintas direcciones se cruzaban sobre el Palacio, arrojadas por los combatientes de las alturas de San Agustín y San Francisco; y como los que estaban en la azotea de nuestra prisión hacían un fuego continuo y muy cercano á nosotros, en lugar del aroma del incienso que de ordinario se respira al derredor de los altares, el celebrante y los asistentes respirábamos allí el humo del combate: todas las circunstancias le daban á aquella Misa una solemnidad excepcional, imponente y bella; jamás he oído otra igual. Duró cosa de 20 ó 25 minutos.

Acabada la Misa y continuando los fuegos nos

retiramos de la puerta para el interior de nuestra obscura morada, tristes y en actitud pensativa. Allí se hablaba poco y fumaba mucho; nadie comía, porque no había qué; y todos los presos con su semblante pálido y enjuto, cual más, cual menos, daba á conocer á primera vista la profunda tristeza que le desgarraba el alma. Prolongándose situación tan molesta se sucedían las horas.

Cosa de las once salieron de allí á negociaciones de paz, según se dijo, los Señores Ocampo, Guzmán, Ruiz y Gómez Farías, llevando el primero en la mano una bandera blanca, hecha de una mascada y una pequeña asta; y quedaron haciéndole compañía al Sr. Juárez en el repetido pequeño cuarto los Señores Prieto, General Núñez, Villalobos, Pizarro y Zendejas, y á poco de que salieron cesaron por completo los fuegos.

Como tardaran en volver dichos Señores negociantes de paz muchos de los presos inquietos por la tardanza y por un ruido estrepitoso que hacían los pronunciados en el patio del Palacio, y por la presteza con que otros atravesaban los corredores de arriba para meterse á las piezas de la rinconada sur llevando en las manos bultos como cajones de parque, nos arrimamos á la puerta de la prisión á ver lo que aquello contenía. Si no eran las doce cuando eso pasaba, iban á dar.

En tal estado las cosas se rompieron repentinamente los fuegos de cañón y de fusilería generalizándose éstos por todas las expresadas alturas inclusive la de nuestra prisión: á pocos momentos salen por la puerta del Palacio á la carrera fusil en mano las dos secciones de reserva que estaban en los corredores poniente y sur del patio de allí, advirtiéndose á continuación más vivos los fuegos: una espesa nube de humo invade el edificio obscureciéndolo y penetrando hasta nuestra prisión; comenzaron á poco á oírse

los gritos de *viva* y de *muera* y las maldiciones de los combatientes; la guardia de nuestra prisión se puso luego sobre las armas; y al llegar la gritería casi hasta los muros ó puertas del Palacio, el Teniente D. Filomeno Bravo que mandaba dicha guardia, entra precipitadamente con ella al salón á fusilar á los presos, que en esos momentos corrían allí como desesperados en distintas direcciones y en completo desorden buscando salvación; y formada la guardia en medio del salón, el mismo Bravo espada en mano levantada les gritó á los soldados: "Firmes: armas al hombro, presenten, preparen, apunten....."

Al oírse el horrible estridor de las llaves de los fusiles al prepararlos y la voz de *apunten*, el Sr. Juárez con la velocidad de un viento deja su asiento y va á replegarse al costado poniente de la pieza en que estaba y al mismo tiempo el Sr. Prieto girando con la propia velocidad por su izquierda sale para el interior del salón; y parado allí enfrente de la formidable columna con los brazos abiertos y tendidos hacia ella y la cabeza levantada les dijo á los soldados en voz alta y sentida: "Hijos! ¿Qué vais á hacer con nosotros? Los soldados del ejército son valientes; pero no asesinos..... Somos vuestros prisioneros..... somos vuestros hermanos.....; respetad nuestras vidas..... la humanidad lo reclama..... Levantad esas armas.....levantad esas armas....."

Bravo sorprendido, admirado ó conmovido por tan rara energía, y vacilante ó fluctuante entre matarnos ó dejarnos con vida, se detiene en dirigirles á sus soldados la voz de *juego*. En esos instantes entró violentamente por la puerta exterior del salón un Oficial ó Jefe que no conocí, debido en gran parte á la obscuridad y al humo que lo invadía, como dije antes: qué sé yo qué orden le comunicó ó dió á dicho Bravo, ni de quién viniera esa orden; y en el acto éste mandó á los soldados que levantarán las ar-

mas, las pusieran al hombro, y sin más él y ellos salieron del salón á ocupar la posición que tenían antes de entrar á él.

Restituida así la guardia á su posición, el Señor Prieto con los brazos puestos hacia atrás avanzó unos cuantos pasos para en medio del salón, como á observar los movimientos de los soldados que habían salido y se paró allí; el Sr. Juárez volvió á ocupar el asiento que abandonara en los momentos del peligro; el Coronel D. Gregorio Medina, su hijo el Alférez D. Lorenzo del mismo apellido, yo y otros que en las mismas circunstancias nos replegáramos al muro poniente de dicho cuarto á espaldas del Señor Juárez, nos salimos de allí para el salón; el General D. Silverio Núñez y los Sres. Gochicoa, Zendejas, Pizarro, Villalobos, Pérez Gallardo y otras personas que se apiñaron en el ángulo poniente sur y casi junto á la puerta del propio cuarto á la hora del mismo percance, apartándose de allí, los Oficiales Mayores fueron á sentarse junto al Señor Juárez á hacerle compañía y los demás salieron para el salón.

Al salir vi muchos presos parados junto al muro oriente de ese salón, en donde en los momentos del gran peligro se quedaran como enclavados por no haber tenido tiempo de refugiarse en los cuartos, me junté con ellos; y en seguida fueron saliendo del cuarto del ángulo oriente-sur otros presos, que en los mismos momentos se refugiaron allí por salvarse: todos pálidos y sin hablarnos formábamos un pelotón de cadáveres ambulantes en aquella hora.

Pasados algunos minutos y calmada la profunda impresión que nos causara el peligro máximo por que acabábamos de pasar, salieron de la pieza donde estaba el Señor Juárez Gochicoa y Villalobos, se acercaron al Sr. Prieto y dándole un abrazo lo felicitaron en medio del salón donde estaba aún, por el feliz éxito con que había desempeñado el papel que le to-

cara en la tremenda escena; aperebidos de ello los presos que estábamos junto á dicho muro, nos encaminamos hácia él y lo felicitamos dándole las gracias por su valioso comportamiento; vinieron á continuación el General Núñez y los Oficiales Mayores nombrados á felicitarlo como lo hicieron los demás: conmovido él hasta el enternecimiento estrechó á cada uno en sus brazos por sus afectuosas demostraciones declarándoseles amigo perpetuo; y poseído entonces de ungozo inefable le brotaron las lágrimas, sucediendo lo mismo á algunos de los felicitantes: fué aquella una escena animada y tierna, que el Señor Juárez miraba desde la pieza donde estaba sentado, y que el Teniente Bravo y los soldados de la guardia, aglomerados en la puerta de la prisión, miraban también con interesante curiosidad, sin apartar por un instante la vista del esforzado Ministro á quien se rendían dichas ovaciones. (1)

Como á la una de la tarde ó poco después vinieron de sus negociaciones de paz los Sres. Ocampo, Guzmán, Ruiz y Gómez Farías que horas antes habían salido de dicho recinto con ese objeto, entraron á la pieza del Señor Juárez y se sentaron allí con él. Pocos minutos después de su llegada supimos que nada habían arreglado en dicho sentido, cosa que supusimos desde que entraron, supuesto que los fuegos de los combatientes continuaban.

Ya dadas las dos de la tarde entraron al salón dos mozos llevando uno un mediano chiquihuite nuevo con pan y muchos posillos y otro una olla nueva no muy grande con chocolate en leche, que

(1) Este Teniente Bravo hizo carrera en la milicia hasta obtener el grado de General, fué Gobernador del Estado de Colima; y habiéndose rebelado con mal éxito contra el actual gobierno, fué perseguido por éste y murió en campaña, según se dijo, hará diez ó más años.

no supe quiéu mandara; y tomando de un rincón una mesa chica de pino barnizada de color plomo, la situaron en medio del salón y pusieron sobre ella los dos bultos; y puesto en pie el Sr. Ocampo junto á la mesa distribuyó entre los presos aquel alimento dándole á cada uno un posillo de chocolate y una corta ración de pan, que recibimos ocupando para ello las dos manos (porque no había platos para aquel servicio), y tomamos todo puestos también en pie por falta de asientos. Aquel desayuno era el único alimento que desde la mañana del día anterior que se nos redujera á prisión, saboreaba nuestro paladar.

Como á las cinco de la tarde ó poco después volvieron á salir los referidos Señores Comisionados á sus negociaciones de paz y volvieron ya entrada la noche con la mala nueva de que no se había conseguido: mucho nos apenamos por ello; y subiendo de punto nuestro abatimiento al ver que no cesaba el fuego de las fuerzas combatientes, y considerar lo que nos había pasado en el día, nos resignamos con dolor intenso á pasar aquella noche, cualesquiera que fuesen los males que nos sobrevinieran, supuesto que estábamos á discreción de nuestros enemigos, noche que por fortuna nuestra trascurrió sin ocurrencia alguna que nos fuese adversa.

El día 15 cosa de las nueve de la mañana, salieron del mismo recinto dichos Señores Comisionados de paz, siempre con el fin de obtenerla; y volvieron después de las diez con la buena nueva de que se había conseguido, mediante honrosa capitulación que ajustaran el General D. Juan Bautista Díaz, Jefe de las fuerzas leales y el Coronel D. Antonio Landa, Jefe de las pronunciadas, en virtud de la que: el primero se quedaría con aquellas ocupando la plaza y el segundo saldría el mismo día de esta ciudad con las suyas rumbo al sur llevándose sus armas, y quedán-